



www.cibereduca.com



**V Congreso Internacional Virtual de Educación
7-27 de Febrero de 2005**

FRACASO ESCOLAR Y ADOLESCENCIA

Enrique García Garrigues

Los datos “cantan”

“El fracaso escolar en España afecta al 30% de estudiantes de Secundaria; en primaria la tasa es menor en todo el territorio español”. Éste, en concreto, es uno de los titulares que aparecen en El Periódico de Aragón (16.11.04), pero que no es más que una muestra de la proyección de la noticia a nivel nacional por todos los medios de comunicación, que vienen a hacerse eco del informe publicado por la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico de la U.E. Además, otros informes, como el del Instituto Nacional de Calidad y Evaluación, ponen de relieve que cerca de la tercera parte de los alumnos adolescentes, estudiantes de ESO, obtienen deficientes calificaciones y apuntan que España supera en seis puntos a la media europea en relación al bajo rendimiento académico de algunos estudiantes. En Europa, sólo Portugal, Italia y Grecia nos supera (Informe PISA –Programme For International Student Assesment-), y desde luego estamos muy lejos del 7% que existe en Suecia.

El problema es de una enorme dimensión y debería calar hondo en todas las esferas sociales. Sólo desde una aproximación multidisciplinar puede localizarse su origen y acotar posibles soluciones. Desde este punto de vista, familia, escuela y sociedad han de tener en cuenta los cambios que sufre actualmente la configuración de la población escolar, su diversidad cultural y situacional, hacer frente al creciente absentismo en las aulas y dejar de considerar como vagos o tontos a los alumnos con dificultades.

Aproximación conceptual al fenómeno de “fracaso escolar”

Para lograr tal objetivo, quizá debamos establecer en primer lugar qué se entiende exactamente por “fracaso escolar”.

Naturalmente la diversidad semántica no ayuda demasiado a delimitar conceptualmente el problema. La riqueza polisémica, en este caso, como en otros, lejos de clarificar entorpece la comprensión del fenómeno y produce un grado de confusión e indeterminismo que, como mucho, ayuda a comprender la perspectiva conceptual desde la que se aborda.

Para algunos autores, hablar de fracaso escolar es hablar de aquellos que no son capaces de alcanzar el nivel de rendimiento medio esperado en función de su edad y nivel pedagógico.

Otros limitan el campo de definición refiriéndose a aquellos alumnos que hayan acabado el curso con más de dos asignaturas pendientes, lo que en principio conduciría a la repetición del curso; sin embargo, esta definición resulta un tanto ambigua e imprecisa si tenemos en cuenta que no todos los sistemas y/o niveles educativos contemplan la posibilidad de adoptar tales medidas, y aun en aquellos que la permiten surge la pregunta de hasta qué punto no es una forma de falsear la realidad, al aplazar el concepto de fracaso escolar hasta la finalización de cada ciclo.

Esta perspectiva parece responder más a lo que podríamos denominar una estrategia de avestruz que se centra en ir posponiendo el momento de detección del problema, en hacer ver que no se ve lo que no quiere verse (por utilizar un juego de palabras).

Uno de los peligros de este enfoque es que echa por tierra todos los postulados que defiende la teoría de la intervención temprana. Es decir, si entendemos la lucha contra el fracaso como algo a lo que conviene hacer frente cuanto antes, dejar para el final de cada ciclo el momento en que oficialmente se establezca que un alumno con necesidades corre el riesgo de convertirse en fracasado, supone una importantísima pérdida de tiempo y dejar de aprovechar muchísimas oportunidades de intervención terapéutica que conviene poner en marcha tan pronto como se detecta que el alumno puede comenzar a presentar problemas.

En ese sentido Karen Kovacs afirma que hay que buscar soluciones alternativas a la repetición de curso, por cuanto lejos de solucionar el problema, lo agrava. Quizá por ello países como Gran Bretaña, Irlanda y Grecia la han abolido por completo, mientras que otros, como Portugal, Francia y España la han limitado a tres años, demostrándose positiva la experiencia en ambos casos.

Por otro lado, otras aproximaciones al concepto de fracaso escolar ponen el acento en la dimensión demográfica y socio-histórica del fenómeno. Estas teorías explicarían por qué hoy existe una más elevada tasa de fracaso escolar, teniendo en cuenta que en tiempos pasados, los hijos de las clases sociales más desfavorecidas se limitaban a continuar el destino ocupacional de sus progenitores, que por lo común se empleaban en trabajos de escasa cualificación intelectual.

Hoy, por el contrario, con la extensión y generalización de la educación obligatoria, la ampliación de los años de escolaridad, y las exigencias competitivas de nuestra sociedad, entre otros factores, hacen que el panorama haya cambiado sustancialmente. Se perfila una función económica y de supervivencia del saber y de la educación mucho más acusada que en el pasado, por lo que se espera mucho más que antes del alumno.

Otros autores, por su parte, ofrecen una definición de fracaso segmentada en función del periodo en que se produce o de sus notas dominantes. Así, distinguen entre fracaso primario, según el cual los problemas de rendimiento aparecerían en los primeros años de vida del niño, y estarían asociados a algún déficit madurativo, cuya solución podría surgir espontáneamente, por maduración bio-psicológica, o constituir el principio de un fracaso escolar predecible en un futuro. El fracaso de tipo secundario aparecería normalmente tras unos primeros años de escolarización con buenos resultados, y podrían ser debidos a cambios propios del proceso de crecimiento, o a hechos puntuales o traumáticos que puedan afectar ocasionalmente a la vida del niño; esta idea entroncaría con la del fracaso circunstancial, que se presentaría como fenómeno puntual, aislado, cuya causa habría que tratar de averiguar rápidamente para instaurar cuanto antes la terapia adecuada. En el polo opuesto, por tanto, se definiría el fracaso escolar habitual como aquél que ha estado presente desde que el niño comenzara la escolaridad, constituyendo un problema permanente, cuyas causas pueden obedecer a diversas razones, fundamentalmente de orden personal.

En definitiva, los expertos vienen a estar de acuerdo en que, por definición, el fracaso escolar puede ser entendido como la culminación de una determinada etapa escolar con

calificaciones no satisfactorias. Por tanto, el indicador válido lo constituyen las notas que pretenden reflejar el resultado del trabajo del alumno, convirtiéndolo en fracasado o no fracasado, en función de las exigencias sociales del momento por cuanto, como ya se ha indicado, las habilidades y nivel de conocimientos que hoy exige la incorporación al mundo laboral, difieren enormemente respecto a las de hace unos años.

En cualquier caso, lo que sí parece conveniente matizar es que detrás de cualquier definición, venga del marco conceptual que venga, existen unas causas que generan el problema, y que, lejos de ser unívocas, presentan un origen de diversa y dispersa naturaleza que afecta tanto al propio educando, como principal protagonista del problema, como a su familia, a sus profesores, al sistema educativo y, por extensión, al propio entorno social en que se desenvuelve.

Por tanto, desarrollar en profundidad un análisis del fracaso escolar que estudie todas y cada una de las variables que intervienen en todas y cada una de las esferas que citamos se presenta como ardua tarea en la que, aunque se depositara en ella el mayor empeño, es posible que siempre nos dejemos algún fleco por definir y analizar, al margen de que existan otras parcelas en las que, naturalmente, resulte hartamente difícil llegar a determinar con precisión qué variables las componen, y lo que a mi modo de ver resulta todavía más complicado en el campo de las relaciones humanas, qué instrumentos de medida se utilizan para asegurar la fiabilidad y validez que cualquier investigación requiere.

Por qué se produce el fracaso escolar

En palabras de Feliciano Robles, el fracaso escolar es el accidente más grave del sistema educativo, y son muchas las causas que lo desencadenan y agravan. Los profesores suelen atribuir las causas a las relaciones familiares, los padres entienden que la responsabilidad recae sobre los profesores, y en medio de ese cruce de acusaciones, los alumnos, auténticos protagonistas del desastre, dicen –sobre todo en niveles más avanzados del sistema educativo– que no se sienten atraídos por la enorme cantidad de cosas que tienen que aprender, y que nadie hace nada por salvar los inconvenientes que suponen unas clases monótonas, tediosas, impartidas por profesionales que no saben transmitir conocimiento, entusiasmo y motivación.

Este autor sugiere, además, que a pesar de que el fenómeno suele manifestarse fundamentalmente durante la adolescencia, el fracaso escolar se viene engendrando desde los primeros años de vida del niño.

Desde este punto de vista, parece ser que para algunas familias, aunque se detecten signos de alarma desde edades tempranas que hagan pensar en la posible existencia de un problema de fracaso escolar, se opta por pasar de soslayo sobre la cuestión, atribuyendo las razones de tales signos a cambios evolutivos normales o a problemas puntuales de otro orden. Conviene recordar lo que comentábamos unas líneas atrás cuando nos referíamos al fracaso escolar habitual, remarcando que no podemos obviar su peligrosidad, por cuanto es precisamente el que puede acompañar al individuo durante toda su vida académica, y frente al que, sin embargo, algunos padres no dan mayor importancia a las recomendaciones que los profesores de primaria y secundaria suelen hacerles en orden a la necesidad de mejora en algunas materias. La respuesta suele ser que tales fracasos son fruto de su corta edad y que, por tanto, carecen de importancia, haciendo oídos sordos a la voz de la experiencia, según la cual es en los primeros años, como decíamos, donde comienza a gestarse el incipiente y futuro fracaso escolar, y consecuentemente, donde resulta imprescindible detectar las alteraciones que puedan afectar a los niños para arbitrar

las medidas preventivas o paliativas necesarias. Por tanto, podemos decir que algunas familias no empiezan a ver “las orejas al lobo”, por emplear un término coloquial, hasta que los niños comienzan a ser mayores y a suspender sistemáticamente en los últimos cursos de primaria, resultándoles difícil superar la ESO. Pero volveremos sobre este punto.

Causas que afectan al alumno:

Entre las causas que suelen estimarse como precursoras del fracaso escolar podemos encontrar las de naturaleza propiamente orgánica, en las que podrían tener cabida aquellos trastornos que impliquen disminución física, alteraciones sensoriales, de psicomotricidad, e incluso enfermedades crónicas (diabetes, epilepsia, etc), alteraciones cardíacas, enfermedades genéticas, etc. que de uno u otro modo pueden llegar a constituir serios problemas para el normal desarrollo y capacidad de aprendizaje del niño. Dentro de la dimensión estrictamente orgánica apreciaríamos también la presentación de ciertas características físicas (cojera, obesidad, estrabismo, tartamudez...), que producen situaciones de burla entre compañeros, habitualmente asociadas a sentimientos de inferioridad. Por otra parte, otros problemas que inicialmente pueden pasar inadvertidos para los padres, también se erigen como obstáculos para el aprendizaje. Me refiero a problemas de hipoacusia, no siempre detectada adecuadamente, a menudo camuflada bajo diagnósticos de otitis; la dislexia, en la que el nivel mental del afectado suele ser normal o incluso superior, aunque no es capaz de establecer el mecanismo de la lectura, y presenta un retraso entre su edad mental y la cronológica, o los trastornos de déficit de atención con o sin hiperactividad, que constituyen una condición biológica que afecta seriamente a la capacidad para focalizar y mantener eficazmente la atención durante el tiempo razonablemente prolongado que dure la tarea que se propone, viéndose afectada la capacidad de aprender, de modo que constituye un factor de base orgánica, aptitudinal, que naturalmente ha de ser tenido muy en cuenta.

En cualquier caso, todas estas causas no podríamos establecerlas única y exclusivamente como precursoras del fracaso escolar en o durante la adolescencia. La razón es bien sencilla. Por motivos obvios, cualquiera de las alteraciones o trastornos referidos encuentran su expresión a edades más tempranas; es decir, suelen apreciarse o detectarse durante la infancia, y en la mayor parte de los casos lo normal es que se arbitren medidas de intervención especializada tan pronto como los padres detectan la anomalía, o son informados acerca de su existencia. Es decir, la expresión del fracaso escolar o su predecible aparición cuyo origen quedara asociado a alguna de estas causas, vendría a ser más fácilmente aceptable por la familia a pesar de la corta edad del educando, que si se trata de recomendaciones hechas por profesionales basadas en apreciaciones mucho menos tangibles para los padres, tal como veíamos unos párrafos atrás.

Por otro lado, también podríamos hablar de afecciones intelectuales, por exceso o por defecto. Es posible que en algún caso pueda darse una leve debilidad mental, difícilmente apreciable, a causa de la cual el cociente intelectual se encontraría por debajo de la media esperada, y se expresaría por un déficit de habilidades o de capacidad intelectual, déficit de atención, problemas de memorización o retrasos del lenguaje, o el caso contrario, en el que el hecho de poseer un nivel intelectual muy superior al normal, da lugar al etiquetado de “superdotado”, cuyas características produce en ocasiones, paradójicamente, fracaso escolar entre alumnos al darse una discrepancia entre sus expectativas y aspiraciones y la realidad que les ofrece el sistema educativo, o a causa de la presión psicológica que se ven obligados a soportar para poder cumplir los objetivos que otros (profesores, familia) proponen por y para ellos.

También entre la etiología del fracaso escolar, especialmente en la adolescencia, debemos referir la ausencia de adecuadas técnicas y conductas de estudio, que normalmente han de ser adquiridas a través de un proceso que comienza con la aprobación social derivada del éxito escolar, llevando al sujeto a poner en funcionamiento procesos cognitivos para obtener otras consecuencias deseables. Aunque es obvio que tales procesos han de tener su punto de inicio ya en la educación primaria, e incluso me atrevería a decir que ya desde infantil, y yendo un poco más allá aún, desde fuera de la escuela, en casa, no podemos negar que va a ser en secundaria donde tales requisitos van a cobrar mayor importancia, por tratarse de una etapa en la que el alumno se ve obligado a enfrentarse a nuevas y más serias exigencias respecto a trabajos escolares y niveles a alcanzar.

Por otro lado, a estas alturas de nuestra historia contemporánea no podemos ni debemos pasar por alto ciertos problemas que vienen surgiendo conforme vamos incorporando a nuestra propia forma de vida la diversa gama de herramientas que nos proporcionan las nuevas tecnologías. No parece en absoluto descabellado considerar la posibilidad de una correlación negativa entre el rendimiento escolar y ciertas aficiones, o incluso adicciones, ya sea a la televisión (cada vez es más frecuente contar en nuestros hogares con acceso a mayor número de canales, con una incommensurable oferta de programación televisiva, llena de contenidos no siempre adecuados para ciertas edades), los video-juegos o el acceso a internet, que en no pocas ocasiones puede desembocar no sólo en un fracaso escolar, sino también personal.

No obstante, este aspecto debería ser estudiado de modo amplio y específico, por considerar que puede llegar a suponer un problema de entidad más que preocupante.

De igual modo, si existe una dimensión que por su importancia merece ser tratada con rigor, cuando hablamos de fracaso escolar, y particularmente en la adolescencia, es la que se refiere a los problemas emocionales y/o afectivos.

Lamentablemente no deja de ser frecuente que cada día tengamos que hablar más de términos como baja autoestima, ansiedad e incluso complicaciones mucho más severas, tales como psicosis o neurosis dentro del ámbito de la infancia y la adolescencia, que a menudo desembocan, cuando menos, en un considerable problema de depresión.

Por otra parte, desde el punto de vista de la adolescencia, es fundamental tener en cuenta también el propio desajuste emocional como precursor de ciertos trastornos de diverso orden en tal estadio evolutivo. Aspecto que, en mi opinión, merece ser tratado con la suficiente amplitud. Volveremos sobre ello.

Causas que afectan al profesor

El profesor no debería perder de vista en ningún momento el nivel de conocimientos y habilidades previas de las capacidades de sus alumnos, que pueden ser, naturalmente, más o menos limitadas, en orden a la adecuación del proceso de enseñanza-aprendizaje a las características personales de cada discente, adaptando diferentes ritmos de progreso en función de las necesidades particulares, de modo que cada alumno conozca desde el primer momento, y sin ambigüedades, qué es exactamente lo que se espera de él, tanto desde el punto de vista aptitudinal como procedimental y comportamental, y ello sólo se consigue con una clara, concreta e inmediata información.

Este postulado chocaría frontalmente con el concepto de “dispedagogía” que manejan algunos autores para referirse a la falta de concordancia entre las dimensiones cuantitativas y cualitativas de las tareas que se proponen a los alumnos, y su nivel de competencia previo, que encuentra su expresión en aquellos centros en los que sus profesores trabajan sobre la base de unas condiciones de aprendizaje iguales para todos.

En ese sentido, ya sabemos que es imposible desligar la acción educativa de la relación que se establece entre alumno y profesor, y que no podemos obviar las características de esa relación y su influencia sobre el rendimiento escolar del alumno. Un profesor que utilice verbalizaciones de menosprecio hacia alguno de sus alumnos, desvalorizando permanentemente a quien no es capaz de alcanzar los objetivos que se le proponen, puede provocar –seguramente sin desearlo- verdaderas crisis emocionales, sobre todo en niños y adolescentes.

Si antes decíamos que ciertas condiciones personales, psicológicas o biológicas pueden llegar a favorecer seriamente las posibilidades de que aparezca el fracaso escolar y atribuíamos una considerable importancia a la dimensión afectiva y emocional, ahora llega el momento de introducir un matiz importante. Desde la perspectiva de la acción del profesor, conviene tener en cuenta que puede ser precisamente su forma de proceder la que conduce directamente al fracaso escolar, y que sería precisamente el fracaso el que condujera a la aparición de sentimientos de desmotivación, desinterés y pérdida de autoestima. Es decir, en este caso, el fenómeno precede a la aparición de estas manifestaciones, y no al revés.

Causas que afectan a la familia

Evidentemente, buena parte de las condiciones que citamos como propiciadoras de fracaso escolar por parte de profesores y educadores, pueden aplicarse igualmente a la propia familia del educando. Es más, en mi opinión, la misma conducta precursora del fracaso escolar resulta especialmente perniciosa si viene desde la propia familia, por cuanto se está minando el principal bastión de confianza y seguridad en que cualquier individuo cree poder refugiarse cuando más lo necesite.

Precisamente si algo han conseguido demostrar numerosas investigaciones sobre el campo de la afectividad, es el papel absolutamente fundamental e insustituible de la familia en la prevención de trastornos emocionales y afectivos. La estabilidad afectiva y emocional del niño y del adolescente se perfila, pues, como potente dimensión que interactúa con el rendimiento académico.

De ahí que tengamos que prestar una especial atención a situaciones traumáticas como la muerte o enfermedad súbita de los padres o de algún otro ser querido para el niño. De igual modo, el nacimiento de un nuevo hermano, un cambio socio-laboral de alguno de los padres, el traslado del domicilio a otra ciudad, un quebranto económico familiar importante, la separación de los progenitores o el nuevo matrimonio con alguna nueva pareja, constituyen hoy en día situaciones mucho más frecuentes de lo que pensamos, y adquieren la calificación de potenciales focos de riesgo de fracaso escolar, si no son adecuadamente tratados.

Por otro lado, la familia constituye el círculo social más íntimo, selecciona y modifica los estímulos exteriores, y se convierte en el ambiente donde hábitos, actitudes y expectativas van tomando forma a través de los sistemas de referencia axiológicos familiares y de la imitación de

modelos de conducta, de modo que podemos decir que todo lo que ocurre en el entorno del hogar, presenta una repercusión en la vida del niño o adolescente para bien o para mal.

Ya sabemos que un modelo paternal proteccionista conduce a una pérdida de confianza y autoestima, a una excesiva dependencia del adulto, a la expresión de conductas regresivas, infantiles, y a demostrar escasa tolerancia a la frustración. Por otra parte, actitudes excesivamente permisivas o un afán por la perfección son igualmente indeseables y todo ello constituye la base de numerosos problemas de madurez psico-social precoz, dificultades adaptativas y ansiedad.

Al hilo de lo que estamos hablando, existen estudios que ponen de relieve una mayor tasa de fracaso escolar entre hijos nacidos de padres mayores, y también en el caso de hijos nacidos de madres demasiado jóvenes, lo cual sugiere una relación entre el factor edad de los padres y el rendimiento académico de los hijos, por lo que podría colegirse que, en tanto los primeros se encuentran excesivamente “desfasados” con respecto a sus hijos, esgrimiendo a menudo modelos educativos inadecuados u obsoletos al ampliarse la diferencia cultural entre generaciones, entre las segundas reina la inmadurez y carencia de conocimientos apropiados para transmitir un marco de referencia rico en valores positivos.

Sin embargo, el fracaso escolar se extiende también, como hemos podido ir viendo, por el resto de familias que podemos considerar normales.

Ciertamente vivimos en una sociedad enormemente competitiva, queremos para nuestros hijos lo mejor, a ser posible que nos superen y consigan una buena posición económica y social en la vida, y ello nos hace creer que el mejor modo de conseguirlo es, en primer lugar, invirtiendo en su formación. Nos empeñamos, pasamos cada vez más tiempo trabajando para conseguir el suficiente poder adquisitivo con el que proporcionar a nuestros hijos las oportunidades formativas que nos creemos en el deber de darles. La consecuencia es que, por una parte, al tener que pasar más tiempo fuera de casa, estamos muchísimo menos tiempo con nuestros hijos, y seguramente el que podríamos dedicarles nos es vetado porque se encuentran ocupados en alguna de las interminables actividades extra-escolares en las que se encuentran inscritos. A mi modo de ver, el problema se convierte en una especie de pescadilla que se muerde la cola, presentando una espiral sin fin.

Por otra parte, al tener a los hijos cada vez más ocupados durante horas en recintos escolares o académicos, los padres vamos paulatinamente transfiriendo la responsabilidad de la educación sobre los profesores, que al final se convierten en únicos actores sobre el escenario educativo, frente a un público –el alumnado- cada vez más exigente.

Da la sensación de que, a menudo, pretendemos convertirnos en compradores de la educación de nuestros hijos y que, en consecuencia, en tanto que clientes que pagamos por un servicio, creemos tener todos los derechos sobre exigencias que podrían derivarse de una situación de libre mercado. Salvando las diferencias, naturalmente, es como si exigiéramos a un mecánico que nos deje nuestro coche en el mejor estado posible, aunque nosotros hayamos sido negligentes en su cuidado y conservación y no le prestemos habitualmente la más mínima atención, salvo la de tenerlo limpio y presentable.

Se está viviendo, desde mi punto de vista, una peligrosa situación cuyas consecuencias ya van siendo conocidas a menudo –y tristemente- desde la sección de sucesos de los informativos. Con mayor frecuencia los padres decidimos que el sistema educativo (y los profesores son su

cabeza visible) son los únicos responsables de la formación y educación que reciben nuestros hijos; sin embargo, no dudamos en poner en tela de juicio la acción del profesorado cuando algo sale mal, cuestionando su autoridad, su valía profesional y sus conocimientos, incluso en presencia del alumno, que en caso de conflicto con aquél a causa de un problema de disciplina sale fortalecido sabiendo el apoyo indiscutible que recibe de sus padres. La consecuencia suele ser un incremento en la tasa de conductas disruptivas fundamentalmente en presencia del profesor desautorizado, con el consabido entorpecimiento sobre la marcha normal de la clase, enturbiándose y deteriorándose cada vez más las relaciones entre el profesor, el alumno y entre estos y el grupo-clase.

Sin embargo, no debe entenderse esta percepción con el otorgamiento de una patente de corso para que el profesorado pueda actuar completamente a sus anchas. Ya nos referimos antes a él y hablamos de qué conductas personales y estilos profesionales de actuación en el proceso de enseñanza-aprendizaje pueden significar fuentes de riesgo de fracaso en sus alumnos; pudimos concluir que, desde el punto de vista psico-pedagógico, la formación de los maestros parece ser más que perfectible; pero eso es harina de otro costal, del que también vamos a ocuparnos.

Causas que afectan al entorno social y administrativo

Cuando al principio nos referíamos al concepto de fracaso escolar, ya decíamos que la sociedad tiende a definir y establecer donde termina el éxito y comienza el fracaso, no solo escolar, sino también social y personal. Por tanto, es innegable el papel de la sociedad como elemento determinante del rendimiento escolar, por cuanto los valores dominantes en aquella penetran en el sistema educativo y ámbito escolar, fomentando actitudes basadas casi fundamentalmente en la competitividad y meritocracia, en el tanto tienes tanto vales, y en la máxima satisfacción en el menor tiempo; es decir, inmediatez frente a la idea de esfuerzo personal que permite posponer el momento de satisfacción al logro de objetivos más elaborados. Tampoco podemos obviar el papel que juega el fenómeno del desempleo y la falta de motivación que se deriva de las escasas expectativas de futuro que cunden entre los jóvenes, que tienden entonces a ver los estudios como algo de dudosa utilidad, quedándose únicamente con la percepción de que, en definitiva, lo único que pretende la escuela es mantener a la clase dominante en una situación privilegiada, perpetuando las diferencias de base.

Desde esta perspectiva, factores que pueden causar el fracaso escolar y que afectan directamente a la propia escuela y al sistema educativo podrían englobarse bajo los epígrafes de escasa calidad de la educación, elevadas ratios de alumnos por aula, deficiente formación del profesorado, tanto profesional como psicopedagógica, etc.

Existen ciertos indicadores sociales como, por ejemplo, que la tasa de fracaso escolar entre mujeres es menor que entre los hombres o que también es menor dicha tasa en colegios privados frente a los públicos, que constituyen, a mi modo de ver, elementos de suficiente entidad como para invitarnos a una reflexión más profunda acerca del papel de la sociedad en general y de la administración educativa en particular, respecto al problema objeto de estudio.

En palabras de Andreas Schleider, jefe de la unidad de indicadores y análisis de la Dirección de Educación de la OCDE, los propios profesores desconocen en buena medida lo que hacen sus compañeros en las clases contiguas de un mismo colegio, por no hablar del desconocimiento entre los diferentes centros educativos, por cercanos que se encuentren.

El problema que parece subyacer es, en última instancia, el nivel de indeterminación o concreción curricular que debe proponerse desde el marco legislativo. Es decir, nos adentramos en la eterna polémica que rodea desde siempre a todo cuanto tiene que ver con la política educativa. Profundizar sobre este aspecto, sin embargo, exigiría discutir acerca de numerosas cuestiones de tal alcance que inevitablemente nos alejaríamos del propósito de esta ponencia, básicamente en cuanto a su extensión.

A pesar de ello, no podemos pasar por alto el hecho de que la propia administración se obstina en silenciar el problema que representa, por ejemplo, la falta de incentivación, de motivación y de implicación de buena parte del profesorado, fundamentalmente en el ámbito público, y específicamente entre profesores de secundaria, aunque no faltan voces que se alzan a favor de la administración a la hora de minimizar el problema, arguyendo que el asunto debe ser visto desde otra óptica, por cuanto podría estar viviéndose una situación que sirve para enmascarar asuntos de otro trasfondo. Según esta idea, habría profesores de la enseñanza pública predispuestos a sufrir enfermedades de naturaleza psicológica derivadas de su propio ejercicio profesional, sabiendo que, por prolongada que pueda ser su situación de baja laboral, su puesto de trabajo no corre demasiado peligro; aunque se reconoce que a esta situación se verían obligados a llegar como último recurso tras comprobar repetidamente el grado de indefensión que vive su profesión, entre unos alumnos cada vez más agresivos e intransigentes, unas familias cada vez más permisivas y proteccionistas, y una administración que hace oídos sordos a sus llamamientos y opiniones. Esta postura explicaría, aunque sólo en parte, porqué el índice de desmotivación y depresión entre el profesorado de la enseñanza privada es menor, al verse estos sujetos a unas exigencias profesionales de marcado carácter empresarial (aunque debemos reconocer que este modo de enfocar el asunto puede ser calificado de reduccionista, por lo que convendría el desarrollo de un análisis más profundo).

Desde este planteamiento, si miramos la educación como inversión, el fracaso escolar ha de ser entendido en términos de pérdidas también económicas. Ahora bien, cualquier empresa que pretenda obtener buenos resultados ha de saber adecuar a su proceso el ritmo y alcance de inversiones económicas necesarias, y aunque no parece que exista una relación directamente proporcional entre el gasto en educación y los resultados que se obtienen, sí es cierto que los índices de inversión en educación se perfilan como uno de los factores de mayor incidencia. En consecuencia, un dato para la reflexión: tanto en inversión como en resultados, España se sitúa por debajo de la media.

Por qué se registra mayor tasa de fracaso escolar en la adolescencia?

¡no se a donde vamos a parar con esta juventud de hoy!

¿cuántas veces hemos escuchado esta exclamación o alguna parecida?

Estoy convencido de que, desde tiempos pretéritos, los jóvenes y adolescentes han representado siempre un motivo de preocupación para padres y educadores.

Adolescencia ayer y hoy

Cada generación hemos ido pasando por esa etapa, y lo cierto es que, al final, la gran mayoría hemos conseguido alcanzar una vida adulta más o menos normal, sin arrastrar traumas o

taras asumidas durante la adolescencia. Desde este planteamiento podría sugerirse que la adolescencia no es sino un estadio evolutivo más en la vida del ser humano y que, consecuentemente, lo mejor que podemos hacer es sentarnos a esperar su paso y que el joven se convierta en adulto... pero no siempre es tan sencillo.

Por su parte, algunos autores señalan que conviene distinguir entre adolescencia y pubertad, ya que, aunque frecuentemente son tratados como sinónimo, no lo son. La pubertad, dicen, es un proceso biológico, en tanto la adolescencia comprende una amplitud de fenómenos, entre el que se encuentra el psico-social, de modo que los cambios físicos encuentran su acotación temporal, mientras que ciertas características propias de la esfera psicológica que se manifiestan durante la adolescencia, pueden llegar a perdurar hasta constituirse en rasgos permanentes de la personalidad.

En cualquier caso, lo que marca la diferencia entre el adolescente de hoy y el de hace, por ejemplo, unas décadas no tiene nada que ver sólo con sus condiciones biológicas o psicológicas; continúa constituyendo el paso de la infancia o niñez a la adultez pero, sin embargo, la diferencia se va a centrar básicamente en la naturaleza de los problemas, retos y dificultades que hoy se le plantean al adolescente, y que de modo más o menos implícito hemos venido comentando a modo de causas de diversa etiología.

No podemos negar que aunque el adolescente ha sido tachado de rebelde, desde siempre, convirtiendo esta etapa en la más problemática desde la perspectiva de la educación de nuestros hijos, nos ha tocado vivir una época en la que, necesariamente, hemos de considerar ciertos aspectos que hace apenas unos años probablemente ni se imaginaban. El problema de la drogadicción y consumo desahogado de alcohol hace tiempo que ha penetrado en las escuelas, como también otros retos y nuevas formas de adicción o cuando menos de alienación, derivadas de un uso irracional de las herramientas que las nuevas tecnologías ponen a nuestro alcance, tales como telefonía móvil o internet, así como nuevas formas, hábitos y estilos de vida, integrados con mayor facilidad a causa del casi total abandono del medio rural y la superpoblación de las grandes ciudades, con los llamadas nuevas enfermedades sociales que estas nuevas formas de vida comportan (soledad, despersonalización, anonimato, etc.).

Perfiles preocupantes

A grandes rasgos podríamos englobar a los grupos de adolescentes que pueden presentar algún riesgo personal desde la óptica de tres grandes títulos, relacionados con el consumo de drogas, el consumo de alcohol y las relaciones familiares, anticipando desde luego que tal y como sugeríamos unas líneas atrás, no todos los adolescentes han de responder a uno de estos perfiles. Afortunadamente son muchos los que, con más o menos tensión interna, superan esa etapa de su vida sin grandes sobresaltos (algunos autores cifran entre un 20 y 30% la población adolescente que experimenta alguna dificultad que pueda ser considerada como grave).

Probablemente, por encima de las relaciones familiares y con su grupo de iguales, y por encima también del consumo de alcohol, el asunto que más angustia genera entre la familia del adolescente es el del consumo de drogas, por la enorme cantidad de consecuencias desagradables que conlleva tanto para el propio consumidor como para su entorno más próximo y para la sociedad en general, desde el punto de vista de los problemas de salud, criminalidad, prostitución, accidentes, desgarrar familiar, etc.

A pesar de las campañas informativas que periódicamente se lanzan hacia los jóvenes desde estamentos administrativos, educativos y ONG.s. continúa estimándose un incremento de consumo de barbitúricos y estimulantes por parte de adolescentes para aliviar la infelicidad, los problemas de depresión y las tensiones cotidianas como única fuente de solución para toda una gama de problemas que, posiblemente desde una mayor madurez, se enfocan de distinto modo, sin olvidar que frente a las llamadas drogas blandas, como por ejemplo la marihuana, se percibe un consumo a menudo propiciado por la curiosidad juvenil, al percibir este sector un bajo riesgo de adicción y peligrosidad; percepción que se extiende peligrosamente a las denominadas drogas de diseño, cuyo uso prolifera cada día más entre la población juvenil, perfilándose como verdaderamente perniciosa para la salud física y mental de los consumidores, sin que se haya logrado todavía concienciar acerca de sus efectos a largo plazo, y que se predicen como terriblemente devastadores (algunos estudios hablan de un envejecimiento neuronal aceleradísimo, comparable al de 80 años por 4 de consumo habitual).

El consumo de alcohol, por su parte, se sitúa en un plano inferior respecto al grado de preocupación que genera, habida cuenta de su nivel de aceptación social, ya que su ingesta se encuentra tan sumamente arraigada en la costumbre mediterránea que para comenzar a ser considerada como un problema se ha de evidenciar una seria adicción etílica, sin que suela atribuirse tal condición a las manifestaciones de búsqueda y reafirmación del lugar del joven en su grupo de iguales, que a menudo le lleva a la asunción de normas sociales como las que, por ejemplo, imperan en casi todas las fiestas juveniles, en las que la diversión queda condicionada al consumo de alcohol, por sus efectos de libertad y desinhibición. No obstante, sí preocupan enormemente los llamados efectos colaterales de su abuso (aunque no a los adolescentes, sino a sus familias), y especialmente aquellos que tienen que ver con los accidentes de circulación, especialmente durante las noches y fines de semana, por las trágicas consecuencias que suelen derivarse en cuanto a fallecimientos y lesiones gravísimas que mediatizan todo el futuro del individuo.

La otra gran constelación que mencionábamos al principio de este apartado viene referida a las relaciones del adolescente tanto con su familia como con el resto de grupos sociales en que se inserta. No es poco frecuente que los padres se sientan desbordados por los cambios del adolescente, y que ello les conduzca a sufrir una crisis de autoridad que no contribuye precisamente a solucionar el problema. Pero no debemos olvidar que a menudo buena parte de estas situaciones tienen su origen muchísimo tiempo antes de que el adolescente alcanzara esa etapa; ya nos referíamos antes a este aspecto cuando hablábamos de causas atribuibles a la familia, y concretamente a ciertos déficit emocionales, pobreza de afecto o escasez de tiempo disponible para los hijos.

En consecuencia no es extraño que los adolescentes manifiesten su insatisfacción con su propia familia y en general con toda la sociedad, mediante la expresión de conductas violentas, rebeldes, delictivas, apáticas, depresivas e incluso autodestructivas, y comportamientos extremos como adhesiones a grupos radicales con su propia ideología (político-social y/o pseudoreligiosa) y aspectos característicos; afirmación que parece encontrar su correlato en el hecho de que durante las últimas décadas se haya ido percibiendo un acusado incremento de la delincuencia juvenil. Y aquí hemos de incidir en el aspecto familiar antes aludido: en palabras de Lourdes Ibarra es importante el rol de modelo que ejercen los padres dado que la necesidad de aprender conductas adultas, de imitar ese modelo cercano, de seguir el ejemplo de los padres se incluye en la función educativa de la familia, aunque en ocasiones los adolescentes encuentran que el espejo está “empañado” cuando son los propios padres los que presentan un cuadro de desajuste social

que puede ser debido a causas de alcoholismo, drogadicción, conducta sexual desorganizada, antecedentes delictivos, escándalos, agresiones y desvinculación laboral.

En ese sentido, ya hemos tenido ocasión de ver cómo un estilo educativo familiar excesivamente rígido o por el contrario extraordinariamente permisivo, inducen a incurrir en comportamientos delictivos al encontrarse la autoridad paternal amenazada por exceso o por defecto.

Por último, no podemos cerrar este apartado sin mencionar que, lamentablemente, la consecuencia definitiva más trágica del fracaso en la adolescencia la constituye, sin duda, el suicidio. A mi modo de ver este aspecto debería ser tratado en profundidad; sin embargo, como quiera que no es este el objeto de ésta ponencia, baste, a modo de advertencia, enumerar algunos indicadores que deben servir de señal de alarma ante los que habrá que prestar la máxima atención.

De entrada, cualquier amenaza de suicidio, por velada que nos parezca, ha de ser entendida como una petición desesperada de ayuda. Hay que estar especialmente alerta ante cualquier problema que afecte al adolescente y que pueda tener que ver con desengaños amorosos, malas notas escolares, comisión de un acto delictivo, discusiones de gran tensión con los padres, embarazos no deseados e inestabilidad emocional. No en vano, entre las causas de la conducta suicida en la adolescencia se encuentran, entre otras, las crisis de identidad, la depresión, conflictos de pareja o familiares, crisis de valores y los conflictos sexuales, por lo que conviene estar atentos a comportamientos o manifestaciones de depresión, perturbaciones del sueño, la alimentación o caída de calificaciones escolares; aislamiento o separación de la familia o de su grupo de iguales, interrumpiendo la comunicación con sus padres o sus amigos; intentos suicidas anteriores, etc.

Apuntando vías de intervención

Llegados a este punto podríamos afirmar que, en definitiva, cualquier intento de aproximación a posibles vías de intervención que pretendan encontrar soluciones al problema del fracaso escolar, ha de partir de toda una constelación de elementos que afectan, en orden de importancia, en mi opinión, a la familia en primer lugar seguido del profesorado por entender que la acción cohesionada, perseverante, coherente, continua e integradora de ambos ha de sentar las bases que permitan un cambio en las tendencias, hábitos, modas y valores sociales y de percepciones políticas de los legisladores que cristalizan en procedimientos administrativos de la educación, que al final puedan redundar en un beneficio directo para el alumno. Nótese que éste, el alumno, no aparece como figura especialmente relevante en mi modelo de apunte de intervención, y ello no se debe en absoluto a ningún despiste. La razón es bien sencilla: desde mi punto de vista, el problema del fracaso escolar en la adolescencia ha de ser abordado incluso desde antes de escolarizar al futuro alumno. Es decir, se trata de una intervención a largo plazo. Según Feliciano Robles, la base del aprendizaje eficaz y significativo de los niños está en aprender a jugar, a ganar y a perder, a compartir, a desarrollar estrategias y tomar iniciativas que le lleven al éxito en el juego y a saber perder con dignidad y reconocimiento a los méritos del contrario. En definitiva, jugar los padres con los hijos de modo intenso y edificante para ambas partes, a lo que yo añadiría leer; fomentar la lectura desde pequeños, contando cuentos y haciendo que los cuenten ellos, a su manera y dándoles ánimo cuando leen cualquier cosa. Enseñarles nuevas palabras desarrollando juegos que enriquezcan su vocabulario, hablándoles mucho, claro y con propiedad.

Sin embargo, tampoco esto quiere decir que no puedan existir vías de solución para aquellos casos ya declarados.

Ganar la batalla al fracaso escolar ¿osadía, ilusión?

Sin duda que a la luz de lo anterior puede parecer una osadía querer hacer frente al problema cuando se ha manifestado que la intervención debiera haber comenzado hace años. Pero conviene permitir un margen de actuación partiendo de la base de que siempre será mejor hacer algo, por poco que sea, que quedarse de brazos cruzados. Por ello, siguiendo la estructura utilizada para la enumeración de las causas, dividiremos los cauces de intervención en función de la parcela a que se destinan (familiares, profesionales y sociales/administrativas) aunque tenemos que poner el acento en la actuación de los artífices más importantes en el proceso de personalización, educación y formación, es decir, en la familia (fundamentalmente los padres) y los profesores.

Desde el ámbito familiar, habida cuenta que hemos centrado el asunto del fracaso escolar en la adolescencia, queda sobreentendido que entre sus causas no es frecuente que aparezcan trastornos específicos que no se vengán arrastrando ya con anterioridad, dado que entonces no podríamos hablar, en puridad, de un problema de fracaso en la adolescencia. Ello no obsta, sin embargo, para que ante las primeras manifestaciones del fenómeno nos convenga realizar una profunda exploración clínica y psico-pedagógica del alumno que nos permita descartar algunas posibilidades, en cuyo caso deberemos centrar nuestra atención en todo un completo ejercicio de reflexión que analice tanto las cuestiones personales del adolescente como las circunstancias familiares que le rodean, acudiendo a especialistas que pueden ofrecer ayuda si se detectan problemas emocionales, afectivos o de relación como depresiones, ansiedad, introversión, timidez, agresividad, drogadicción, etc. En ocasiones, tanto para la familia como para el propio adolescente, la intervención de una tercera persona, ajena a su ámbito cotidiano, que actúa a modo de intermediario, se muestra ecuánime y que además posee los conocimientos necesarios para poder proporcionarles asistencia, es vista como una buena vía de solución.

Por otro lado, la familia también debe trabajar intensamente en el esfuerzo por conseguir que el adolescente se enfrente al estudio en el mejor ambiente posible y con los medios adecuados, porque no cabe duda de que constituyen la base para el desarrollo de unas adecuadas técnicas de estudio. Así, la alimentación adecuada, el descanso necesario, la ausencia de distractores (tv. ruidos, presencia cercana de otros hermanos más pequeños, etc.) junto con una eficaz planificación programada –que naturalmente ha de incluir tiempos de ocio y descanso– permitirá perfeccionar la elaboración de resúmenes, la comprensión, asimilación y memorización de lo estudiado, desarrollando la capacidad de lectura rápida y comprensiva, de análisis y de síntesis, trabajando más intensamente sobre lo fundamental y dedicando menor tiempo a lo accesorio. Según Alvaro Marchesi, es importante educar a los estudiantes para que sean plenamente conscientes de sus derechos, pero también de sus deberes, de modo que padres y profesores sean un apoyo para los alumnos y les inculquen el valor del esfuerzo.

Claro que simultáneamente conviene trabajar la parte más puramente afectiva y emocional, dándole ánimos ante sus pequeños fracasos, enseñándole a ser perseverante y que de los errores también se aprende, porque así le ayudaremos también a mejorar su autoconcepto, evitando que se sienta inútil o culpable.

Pero para llegar a eso también es necesario que los padres se preocupen de mantener actualizados sus conocimientos acerca de la sociedad e inquietudes que rodean al adolescente, en

cuanto a modas, tendencias musicales, expectativas de futuro, etc. por cuanto ello les permitirá conocer su presente y las presiones a las que se ven sometidos, y nos servirá para poder proporcionarles el apoyo necesario desde su propio punto de vista, y no sólo desde el que los adultos creen que debe ser, aunque, naturalmente, el desarrollo de esta conducta exige una perfecta disposición por parte de los padres para poder pasar el mayor tiempo posible con él, dialogando y escuchando sin olvidar que, puesto que el adolescente va paulatinamente creando su propia capacidad crítica, tenderá a juzgar todo cuanto se le diga, y cómo se le diga, por lo que es esencial mostrar una empatía basada en el recuerdo de que también los padres fueron un día rebeldes y se sintieron incomprendidos.

Respecto a las posibilidades de intervención desde la esfera profesional, se considera deseable la disminución de alumnos por aula y profesor, al considerar que de este modo podría ofrecerse una óptima atención personalizada. La función de los profesores ha de dejar de ser la de meros transmisores de saber, y ha de tender al desarrollo de toda la gama de capacidades humanas, en orden al concepto de aprender a aprender, pero también de aprender a ser, a convivir, a comportarse, etc. fomentando el pensamiento crítico y divergente, a través del diseño de un sistema que contemple unos objetivos adaptados al alcance de la mayoría, al tiempo que permita a los mejor dotados alcanzar las expectativas que les permitan crear sus capacidades; en suma, se sugiere una mejor preparación de los maestros, de modo que puedan ser capaces de afrontar nuevos procedimientos de enseñanza-aprendizaje más activos y abiertos a la comunidad y realidad social, propiciando a la vez el deseo de aprender, aunque, evidentemente, buena parte de esos logros son permanentemente condicionados por la disposición de la parcela administrativa.

Por último, respecto a la actuación profesional, conviene hacer mención, a modo de recordatorio, de lo que podríamos definir como la parte más humana de la profesión, que tiene que ver con la calidad de la relación dialógica que se establece entre docente y discente, de la que se derivarán consecuencias más o menos negativas en función, entre otras cosas, del uso de la humillación, la crítica, el cinismo o el sarcasmo por parte de algún profesor hacia alguno de sus alumnos.

Por otra parte, si hay una dimensión que puede considerarse anquilosada y que tradicionalmente se caracteriza por venir ofreciendo respuestas tardías, años después de detectarse las necesidades cuando casi con toda seguridad, tales soluciones quedan fuera de lugar, entonces estamos hablando de la parte política y administrativa del fracaso escolar.

En definitiva, son las autoridades educativas de turno las que fijan los objetivos de cada ciclo en el sistema de enseñanza, y cuando los resultados obtenidos ponen de relieve que algo está fallando, la propia administración debería analizar con urgencia qué causas producen las disfunciones para poder arbitrar cuanto antes medidas paliativas. Experiencias en ese sentido vienen demostrando que la falta de formación de los maestros, el elevado número de alumnos por aula a causa de un limitado cuerpo de profesores y servicios de apoyo, se perfilan como factores decisivos que obstaculizan profundamente las posibilidades de enfrentarse con garantías de éxito al fracaso escolar. Una vez más, el trasfondo del asunto parece tener tintes económicos que impiden la necesaria dedicación de mayores recursos económicos que permitan aumentar los recursos materiales, los humanos y su adecuada preparación tanto inicial como continua. En definitiva, se echa de menos una escuela que, en palabras de Patricia Jiménez, sea capaz de atender, educar, motivar, entretener, formar, enseñar y sobre todo titular para no frustrar a los adolescentes.

A partir de ahí, recordemos que ya advertíamos acerca de la necesidad de invertir en educación para desarrollar el progreso del país, por lo que, teniendo en cuenta la capacidad limitada de las distintas administraciones para hacer frente al problema, se hace necesario encontrar fórmulas de financiación que impliquen tanto al Gobierno de la nación como a los de las Comunidades Autónomas y locales, junto con la participación y asesoramiento de profesionales y familias, para sentarse seriamente ante una mesa de trabajo y aportar cada uno, en su justa medida, su particular grano de arena, permitiendo las administraciones que padres, maestros y agentes sociales expresen qué necesidades concretas son las que, de modo más perentorio, necesitan las mayores inyecciones económicas, y reconozcan a estos el papel de válidos interlocutores a la hora de diseñar medidas educativas de alcance, por cuanto son ellos, precisamente, quienes conocen de primera mano la magnitud del problema. Así, por ejemplo, el diseño de políticas de distribución de recursos profesionales y tecnológicos entre los que podemos incluir cursos de formación permanente, programas de prevención y tratamiento, etc. dirigidos a paliar el fracaso escolar, deberían contar previamente con estudios sobre cuantificación de alumnos afectados y su distribución por áreas geográficas, enfocando los primeros esfuerzos en aquellos centros que más lo necesiten, para evitar la política de reparto indiscriminado, que sólo estaría bien si previamente se asegurara que llegará a todos.

Desde ese punto de vista, y en tanto no se disponga de mejores herramientas, algunos expertos creen que el papel de la administración pública en este asunto pasa por distribuir proporcionalmente a los alumnos con problemas en centros públicos y privados, como vía de evitación de un desequilibrio que se agudiza desencadenando nuevos fracasados.

Educación en valores

A lo largo de este documento hemos tenido ocasión de ir viendo cómo se han ido instalando en nuestras formas de vida usos y costumbres apenas imaginables hace sólo unos años. Usos y costumbres que, con frecuencia, tienen mucho que ver con vivir imprimiendo a nuestras vidas un ritmo acelerado, yo diría que casi vertiginoso, frenético, en el que todo o casi todo resulta efímero. Es efímera la diversión, es efímero el amor, las relaciones, la amistad, incluso los más peregrinos bienes de consumo. Son efímeros los teléfonos móviles, un ordenador de máximas prestaciones, de alta gama, mañana será un trasto obsoleto. Los productos de última generación adquiridos hoy, caducan hoy.

Según datos de la UNESCO, durante el siglo XX se han realizado más inventos que en todos los siglos anteriores. En palabras de Gervilla Castillo, el pluralismo, la carencia de ideologías sólidas, la debilidad de las creencias, la referida cultura de lo efímero, el avance de las investigaciones científicas y tecnológicas, son algunas de las razones que explican la permanente crisis de valores, que afecta tanto a lo material como a lo espiritual y cultural. Su fuerza transformadora impregna en la familia, en el colegio, en la religión, en la política, en la economía, en la calle... llegando a ocasionar fuertes enfrentamientos e incomprensiones.

En definitiva, vivimos y trabajamos corriendo, temiendo no llegar a una meta que cada día se desdibuja y adquiere nuevos perfiles. Y no cabe ninguna duda de que tal forma de entender la vida se transmite de padres a hijos, a través de una educación, a través del modelado y la imitación, elaborando una forma de entender la vida y un legado axiológico que no pueden ser obviados por maestros y profesores.

La educación en valores ha de ser entendida como una construcción en la que participen profesores, padres e hijos, y para ello es necesario que, por encima de todo, se sientan capaces de

poder hacerlo. Esa participación significa que el resultado será un producto de la relación entre las personas que participan en el proceso de enseñanza-aprendizaje, desde el punto de vista de una auténtica relación humana, y que ese producto es el fruto de un verdadero diálogo, entendido como el punto de encuentro en el que se asume que la verdad no es opción personal de nadie, sino que se encuentra, se comparte entre ellos. Por tanto, educar en valores ha de significar ayuda en ese proceso de construcción, crear las condiciones óptimas adecuadas, animar a la acción, fomentar el diálogo, la participación, la creación.

Sin embargo, para llegar a ese objetivo es necesario superar el problema que representa la incongruencia entre el decir y el hacer. Si pretendemos, por ejemplo, transmitir el valor de la solidaridad y al mismo tiempo emprendemos acciones solidarias, no podemos ver a los destinatarios de nuestra acción como seres inferiores que no son capaces de valerse por sí mismos.

Por tanto, se hace necesario instaurar un proceso de clarificación de valores, que no puede constituir una imposición de los valores de padres y educadores, si se enfoca desde una perspectiva moralizante, sociocultural o política. El objetivo ha de ser que el adolescente tome conciencia de los valores existentes y conociendo la objetividad de los mismos, elija libre y ponderadamente su propia tabla de valores.

El proceso de clarificación ha de contemplar tres pasos fundamentales para facilitar la valoración del adolescente, de modo que, en primer lugar, tome conciencia de los valores y elija libre y responsablemente sobre los mismos, sin coacciones externas que le permitan seleccionar libremente, aunque sin confundir coacción con el ofrecimiento de diversas opciones; en segundo lugar debe afirmar públicamente la escala axiológica elaborada, apreciando, disfrutando, respetando y queriendo el valor, sintiéndose orgulloso de él y dispuesto a luchar en su defensa, y por último deberá mostrar una actuación coherente y continuada con los valores asumidos, de modo que los mismos valores puedan dar forma a su vida, y tiendan a permanecer inalterables en las circunstancias favorables o desfavorables para su realización.

Profesor VS educador

A modo de conclusión quisiera repasar brevemente algunos aspectos que, en mi opinión, juegan un papel fundamental en el planteamiento del fracaso escolar en la adolescencia, y a pesar de que han sido tratados a lo largo de la ponencia, su importancia capital me hace inclinarme por esta última reflexión. Creo que ha ido quedando suficientemente demostrado que la actuación conjunta de familia (padres y madres) y profesionales de la enseñanza se perfila como la herramienta básica e imprescindible que permite no sólo hacer frente al problema del fracaso escolar, una vez que se ha manifestado, sino que llega muchísimo más lejos en su vertiente más preventiva. Hemos ido viendo a lo largo del documento la importancia de la asunción del rol de educador que padres y madres han de ir asumiendo ya desde el nacimiento de sus hijos, si verdaderamente están interesados en desarrollar una labor continuada y preventiva desde el principio, sentando las bases que a la larga permitirán pasar por el fenómeno de la adolescencia con los mínimos sobresaltos para el adolescente y para su familia. Constituye sin duda un serio error, a menudo irresoluble, esperar a que se manifieste el problema para comenzar a actuar.

Por su parte, el profesional de la enseñanza ha de ir tendiendo cada vez más a abandonar su función de transmisión de saberes y adoptar una postura más humana y cercana a los problemas de los alumnos, individualizando y personalizando los recursos de que dispone, fomentando actitudes que giren en torno a los núcleos de aprender a aprender, pero

trascendiendo el ámbito puramente académico para incardinarse, también, en el personal y relacional. Es evidente, y volvemos a incidir sobre lo mismo, que el profesor se ha de convertir más en educador e incluso un poco “padre”, mientras que los padres han de implicarse más intensa y extensamente en la formación de sus hijos, de modo que el alumno perciba un ambiente sin solución de continuidad entre la escuela y su hogar. En definitiva, que tanto desde su casa como desde el colegio se defiendan los mismos objetivos y persigan las mismas metas, se trabaje de forma cohesionada y respetuosa para que, al final, los jóvenes consigan alcanzar la edad adulta con una base de conocimientos y saberes que les permita convertirse en ciudadanos libres, responsables y respetuosos.

Zaragoza, enero de 2005

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO STUYCK, P. (2004): Discusiones familiares en la adolescencia. Artículo. Boletín Educaweb.com (internet)

ALTAREJOS MASOTA y otros (1998): Filosofía de la Educación hoy. Madrid. Dykinson.

CARDOSO PARRA, C. (2004): Un Análisis de las Causas del Fracaso Escolar. AULA DE EL MUNDO (internet)

DIARIO DE CÓRDOBA (2004): El profesorado pide más recursos para Secundaria. 26.11.04. Boletín educaweb. Internet.

EXPANSIÓN y EMPLEO (2004): Los estudiantes españoles suspenden el examen de la OCDE. Boletín educaweb. (internet)

GARCÍA MADRUGA, J.A. y PARDO DE LEÓN, P. (1999): Psicología Evolutiva. Madrid. UNED.

GARCÍA PÉREZ, E.M. (2001): Fracaso escolar en educación primaria y secundaria y trastorno por déficit de atención con y sin hiperactividad. Grupo Albor-Cohs.com (internet)

GIMÉNEZ, PATRICIA: Causas y soluciones al fracaso escolar. Entorno Social (internet)

IBARRA MUSTELIER, L: Adolescentes problemas o problemas de adolescencia. Monografías.com (internet)

LATINSALUD: Etapa del desarrollo. Artículo. LatinSalud.com (internet)

PALLARÉS MOLINS, E. : El Fracaso Escolar (en internet)

RENAU, E. (2004): Informe PISA: de mal en peor. educaweb.com (internet)

REPETTO TALAVERA, E. y otros (1994): Orientación Educativa e Intervención Psicopedagógica. Madrid. UNED.

ROBLES BLANCO, F.: Fracaso Escolar (en internet)

SÁNCHEZ GRIESE, G. y MANZANO GÓMEZ, B. : ¡auxilio! Hay un adolescente en mi casa. Catholic.net (internet)

SCHUJMAN G. y otros: Formación Ética y Ciudadana: un cambio de mirada. OEI (internet)

SEBASTIÁN RAMOS, A. y SÁNCHEZ GARCÍA, M. F. (2000): El Mercado de Trabajo y el Acceso al Mundo Laboral. Barcelona. ESTEL.

TERRA JÓVENES (2004): Las Tribus Urbanas ¿en qué grupo estás tú?. Internet

TERRA. EDUCARED (2004): Congreso sobre adolescencia y escuela en Villa Gesell. Educared. (internet)

©CiberEduca.com 2005

La reproducción total o parcial de este documento está prohibida sin el consentimiento expreso de/los autor/autores.

CiberEduca.com tiene el derecho de publicar en CD-ROM y en la WEB de CiberEduca el contenido de esta ponencia.

® CiberEduca.com es una marca registrada.

©™ CiberEduca.com es un nombre comercial registrado